

de ser noble, dejando de aspirar esa vida suprema, convirtiéndose en un esclavo vil de su miseria, fingia en su mente delicias grandiosas, que creia encontrar en la muerte: ora se creia muerto, rodeando su cadáver amigos de su niñez y admiradores de su talento, todos llorando en su muerte al amigo tierno y al poeta sentido: ora se veia en el sepulcro que cuidaba siempre una mujer pálida y llorosa, regando con sus lágrimas las violetas que amorosa plantó en torno, como una prueba de su puro amor.

La idea de ser feliz, aun cuando sea en otra vida, atrae al suicidio que es la manera mas pronta de serlo.

Ella llora en mi vida; llorará en mi tumba con el placer que pueda sentir el alma enamorada, el alma buena; cuando piensa que el espíritu que voló, solo debe vivir para el amor.

## VIII

Mientras que en su mente ardía esta terrible y espantosa idea, buscaba en el verdadero amigo del triste su consuelo.

Los libros le endalzaban su existencia, engrandeciendo su espíritu.

En distintos autores buscaba la aprobación de su idea y todos ellos la reprobaban.

Los mas queridos de él, aquellos que habian dadole fuego para amar, sentimientos nobles para creer, ciencia para conocer; los encontraba necios porque en esa locura ya en su cerebro fijada no iban acordes; siendo así que en todo lo demas, los pensamientos y sentimientos suyos eran los de él.

Aquello que, como los libros fueron en un

tiempo su vida por decirlo así, ahora se le habían tornado en terribles enemigos.

Su dedicacion fué escribir y escribir mucho; en cada frase, en cada verso, expresaba su alma, ó un dolor profundo que solo en la muerte buscaba alivio, ó una ira mal reprimida que lanzaba audaz á la sociedad y al mundo en que vivia.

La fatal y criminal idea, tomaba proporciones gigantescas; era ya un delirio, una fiebre que le procuraba el estúpido letargo de un febricitante, la loca manía de mirar á la muerte como el término á sus males y á sus desesperados dolores.

Inocente Leona! son sus lágrimas el pretexto, son las que procuran la muerte del ser mas querido en la vida.

Lágrimas tiernas, lágrimas tristes y preciosas vertidas por el ángel que alguna vez de la vida alumbró con sus miradas el porvenir del hombre, prestando ánimo y dando vida con sus sonrisas y su amor, á la desfalleciente del que hoy la desconoce; lágrimas silenciosas que ella apuraba en la soledad; ofreciéndolas con esperanza, por el desgracia ó amor que en su pecho germinaba; que en su vida le procuraba tanto sufrimiento.

¡Cuántas penas en vano ofrecidas, cuanta ab-

negacion al sufrimiento mas cruel, en vano abrigado y soportado, por el amor de él, por su felicidad!

Lejos estaba de que aquella indiferencia, aquella frialdad, aquel sarcasmo, fuera en él, la íntima resolucion abrigada y acogida en su pensamiento, para dejar de existir sin decirle adios ni á la vida que ella creia engalanar con tanto amor.

contempló alguna vez la dicha, recogió bajo sus bóvedas mil frases de ternura, mil besos de pasión; y que despues en un momento de duda, de incredulidad, todo ese cielo de amor, toda esa música siempre vibrante y dulce, toda esa felicidad, se desvanece, eclipsándose el sol de ventura que alumbró al encanto: recordarlo, y recordarlo cuando se está triste, cuando el corazón no late por el amor, cuando aquello que embriagó y fué placer, causa hoy hastío; cuando arde en la mente una idea terrible y criminal; en vez de arder en el corazón una pasión: recordar haber engañado á la mujer, que esta es desgraciada, que llora, y manda sus lágrimas y sus plegarias á Dios, por aquel que tanto la hace padecer: tener todo este mundo de recuerdos sentimiento, sin fé en el alma, bajo el mismo cielo de aspecto encantador, delante de los mismos árboles, en la misma pradera, en el lugar mismo.

Ah! cuánto viene á decir en la vida de un ser que quiere culparla y mancharla con el crimen.

El lo pensaba, al sentir la influencia poderosa de aquel recuerdo, mas en su pobre y débil alma, alzabase poderosa y atractiva, la nefanda imagen del suicidio.

Humanidad! humanidad! ese ser te pertenec

## IX

Eran las once de una mañana bella y encantadora, el ambiente fresco, el azul del cielo, la armonía toda en la naturaleza, ofrecían un día risueño, día de felicidad y de recuerdos bellos para él.

Días como este, son para el alma triste que ha sido feliz, un infinito recuerdo de pasión; un día que pasó, engalanado, por las miradas de una mujer que embriaga y entusiasmo; por los tiernos coloquios de amor brotados del fondo del alma, como cristalinas emanaciones de una fuente, que derrama sus aguas puras sobre el césped florido de una pradera.

Recordar en un día así, la felicidad tenida entre dos almas que se estrechan por el amor; recordar que el mismo cielo azul, que ese infinito

tú lo haces vivir en tu seno; tú, empero, no has conocido lo que en su alma se agita.

Va á pasar de tu seno que, el cree encontrar siempre cruel, al seno de la paz que el cree encontrar en la muerte.

Y no en esa muerte que viene lentamente, anunciándose en la vida con caracteres, no en esa muerte que se espera tranquila y que lejos de ser terrible, es grata, no; en la muerte criminal, terrible desesperacion de una alma que, es poca para soportar la carga del mundo, en esa muerte que hiere á la sociedad, con el mismo cuchillo que mato á un ser de ella.

Esa muerte es cruel, espantosa, criminal!

Así lo pensaba él, y sin embargo en la lucha que mantenía, dos sombras se le presentaban; delirios insanos de una alma sin creencias, ni amor verdadero.

La primera era el dolor amargo, revestido con todas las congojas, con todos los sufrimientos, con todas las dudas; sin fé, sin creencias, sin porvenir; esta le ofrecía la vida.

La segunda era el consuelo, el término á tanto mal y á tanto engaño, revestida con voluptuosas ideas para otra vida, y señalando una sepultura para encontrarla; sepultura cabada por

la propia mano, y cubierta despues con el crimen; esta sombra estaba al lado de la vida.

Ambas le ofrecían su seno; la primera empero luchaba, y en medio á tanto sacrificio y dolor, lo ofrecía los laureles de la gloria y la inmortalidad de la memoria.

Mucho vacilaba, en esa muerte veía un crimen que nunca el hombre pagará; pero loco, triste y desesperado y ageno ya á todo sentimiento, puesto que lo perdía para sí mismo; le sonreía á la sombra de la muerte y alargaba la mano hácia la copa.

almas y la desgracia de ella; hoy llore triste, mucho mas triste, por sus hijos, por su nido y por aquellos amantes felices que, llenos de amor y de entusiasmo, venian al bosque á escuchar sus lamentos y á compadecerla!

Y siendo todo igual, todo tan bello, él, triste y abatido, todo lo miraba triste como su alma.

Hacia esfuerzos por verlo bello, en la lucha acaso lo conquistaba, mas en la contemplacion de la naturaleza, cuando mas enagenado estaba, oia de impreviso el gemido de una mujer, y volviendo en sí horrorizado, cruzaba por su vista, silenciosa, blanca y pálida, extenuada y triste la mujer que engañó y que tanto lo ama; sus lágrimas aún pendientes de sus rizadas pestañas, plegados sus labios, sus blondos cabellos al aire abandonados y su cintura lánguida y gentil descompuesta y vacilante.

Cruzaba, cruzaba rápidamente y ni amor ni compasion para ella; pero ternura y gratitud por sus lágrimas y su dolor.

Estaba solo en medio á tanta magnificencia.

Exhaló un grito, y como la exclamacion mas dolorosa, mas profunda de su alma, fué repitiéndose de árbol en árbol, de hoja en hoja, para perderse despues en el espacio: las mismas fuentes que murmuraban suavemente derraman

Así se paseaba meditabundo, pálido y triste, por la pradera que en épocas mas felices, le habia sonreído con mas encanto.

Era primavera y primavera fué, cuando al lado de la mujer que hoy gime y se atormenta en la soledad, se mirara dichoso á su lado, creyendo en el porvenir, pensando feliz que así debería ser toda su peregrinacion en el mundo.

Los árboles eran los mismos, la vegetacion igual y tan frondosa y bella á la de un año antes.

¡Quién sabe si los mismos pájaros que con sus cantos alegraban las entrevistas amorosas, hoy en las enramadas cantaban los dolores de esas dos almas!

¡Quién sabe si esa misma quejumbrosa paloma que, llorara en un dia feliz, la dicha de dos

do el agua con un sonido musical, parecieron agitarse y derramar el agua con un sonido ronco y espantoso, formando en la corriente extrepitosa, montañas de espuma, negra como la cólera hirviente que la producía.

Tímidos los pájaros dejaron de cantar, triste la paloma dejó de gemir, triste el alma de aquel hombre quizo hablar una última vez.

## XI

Leona, la infeliz mujer, ese ángel de ternura que mira en sus lágrimas que ruedan y caen sin cesar, rodar su felicidad, huir su ventura; aquella estrella alguna vez serena en el cielo de un hombre, eclipsada hoy por la negra nube del olvido; se entretenía afanosa en cuidar las rosas de un jardín.

Flores bellas que la mano de su amante regó y cultivó, flores para ella mucho mas queridas, que otras quizá mas bellas que tuviera en su jardín.

La mujer que ama, al ver en tropel desgarrarse y perderse sus mas bellas ilusiones, al ver que el corazón que ambiciona lo pierde; si de aquel que ama y pierde conserva un recuerdo, hace

de este un ser, y lo ama y lo venera como al mismo hombre.

El, en sus fantasías, en su poética imaginacion solo habia pensado darla flores como un recuerdo noble de sus amores.

La mujer y la flor son semejantes; la mujer ama á la flor porque se adorna con la belleza de ella, y perfuma su aliento con su perfume, porque aspira en su esencia, la esquisita y pura que en su alma guarda para el amor.

La flor ama á la mujer porque va al tocado de una hermosa á prenderse para ostentar su belleza, porque va por donde sigue ella, dejando una huella de perfumes suaves que la hacen codiciosa.

Una mujer sin flores no vive contenta; una flor sin el cuidado de la mujer se marchita pronto.

Y si las flores que están amadas por la mujer, las da una mano cariñosa, las ofrece el corazon de un hombre amado y enamorado; entónces esas flores aparecen mas bellas y se las cuida con mas afan y se las quiere con mas ternura.

Por eso Leona cuidaba de otras aun mas bellas, muy poco, pero se recreaba contemplando las que él, jurándola amor la ofreció y ayudó á cultivar.

En las mañanas, llorosa aún, pálida y con la oracion pendiente todavía de sus lábios, corria presurosa al jardin.

Las gotas de su llanto las confundia con las gotas de rocío que temblando estaban en los pétalos de las flores.

Las palabras de su oracion, las mezclaba con el perfume de las flores.

Aquellas rosas como si entendieran, cuanto esas lágrimas eran preciosas, cuanto esa oracion era sublime; se agitaban en sus tallos mecidas por a brisa suave de la mañana, y columpiándose, tiernas acariciaban el semblante de Leona que, estática y sonriente, con los ojos fijos miraba al cielo, como si viera subir á él, evaporadas en nubes blancas sus lágrimas y el rocío, confundidas sus oraciones y el perfume.

de veneno; piénsalo y medítalo; no hay corazón que viva sin amor y cuando en este mundo no se encuentra, se busca en otro.

"Muero triste, muero quitándote una esperanza; pobre de mí, perdóname, Leona, Leona bella y sublime.

"Llora y reza por mí, soy desgraciado y el desgraciado como yo, necesita lágrimas y plegarias de una mujer como tú.

"El mundo nada sabrá! . . . el mundo, Leona, me desprecia. . . . que sé yo, si te odiará despues de mi muerte!

"Inocente! ni tus puras lágrimas, ni tu ardiente amor me han convencido; soy miserable, mi pobre Leona! . . . pero cálmate, mi vida fué feliz a tu lado, mi vida realizó en tí la mas alta aspiracion; al olvidarte y perderte entre las sombras de dolor que en mi cerebro se agitan, perdí todo, perdí la vida, perdí la religion y las creencias.

"Ahora la busco lejos; no dejes de llorar, pues hay llantos que son luces divinas que guian al perdido caminante, quizá en la negra region de lo desconocido, tus puras y tristes lágrimas me enseñarán el camino y me conducirán á la paz que anhelo; y quien sabe, si despues de mucho tiempo, despues de muchos sufrimientos, de mu-

Así escribió él, llenando con sus últimas lágrimas el papel y vaciando su corazón.

Última agonía, dolor inmenso reasumido en pocas palabras y explicado en un momento.

"Leona, mujer sublime, ángel que cruzaste el espacio de mi vida, adios! . . . sí, adios, te digo desde el mismo verjel que viera mi dicha y que hoy contempla mi desgracia.

"Yo te amé. . . . tú aún me amas, aún arde en tu corazón la llama intensa del primer amor. . . . yo te olvidé, de aquella pasión solo le queda á mi pecho, el recuerdo bello de haber-te amado.

"No me culpes, Leona, no dejes de amar al desgraciado, al ver en sus últimas líneas todo el amor que por tí guardó, apurado en una copa

chas lágrimas por tu alma adolorida vertidas, despues de amarme mucho. . . . allá, allá muy lejos de aquí nos encontraremos y te amaré con todo el corazón!

"Perdóname, Leona, perdona al mendigo que te pidió y despues desconoció tu socorro, perdóname mujer, perdona que del salon faustoso del mundo, me retire sin tu conocimiento y te dé mi adios tan frio. . . . frio es, mas es necesario!

"Qué quieres! . . . no puedo consolarte, ni mucho menos lucir como otras veces, como joya preciosa engastada entre el oro de tu inocencia y de tu virtud; pienso que la muerte me desmonta, para engastarme en la negra montadura de la eternidad! y sólo allí, sí, mi dolor encontrará alivio, solo allí mi ser descansará. . . . Para qué vivo? . . .

"Adios sueño de mi fantasía, adios amor desgraciado, Leona bella y apasionada, adios vida feliz que pasó agitándose y despues se perdió en el abismo de la nada. Te amé, nunca lo olvidas, sí, pero nunca recuerdes que te olvidé ingrato; todo ese olvido fué que el mundo me engañó y yo me engañé con la pasion.

"No dejes de llorar, será quizá por ahora tu único consuelo, me alumbra la esperanza que en tu dolor inmenso, en tu amor sublime, puede

venir el consuelo y el olvido, y una vez por tí olvidado, no sufrirás ya mas. . . .  
Adios por última vez, dulce é inocente Leona, perdona mi miseria y ruega por mí; llora ángel de amor, si no me olvidas; olvídame si dejas de amarme, pero perdóname si me olvidas."